

## Red Privada

Por Manuel Buendía

- Los Socios de Orfila
- Tango Para la OEA

Si en fin de cuentas Orfila renunciara a la secretaría general de la OEA como consecuencia del escándalo Graiver, no se habría perdido gran cosa. Es más: si la propia OEA se pusiera en crisis final a causa de la forzada dimisión de su dirigente, el affaire Graiver nos habría servido a todos para algo positivo.

En el hecho de la renuncia no habría nada que nos indujera a los latinoamericanos a rasgarnos las túnicas y a arrojar ceniza sobre nuestras cabezas. Habría lamentos, eso sí, en el Departamento de Estado y en las zahurdas de la junta militar chilena. Pero no más.

En marzo de 1976, cuando en estricto cumplimiento de órdenes especiales recibidas de Washington, Alejandro Orfila visitó a Pinochet, recuerdo haber publicado el siguiente comentario:

Al dictador execrado mundialmente; al "cuervo nocturno de sangrientas uñas", como dice el poema de Rafael Alberti, el señor Orfila le otorgó el título de "magnífico".

Durante una visita que hizo después a "El Mercurio" —vergüenza del periodismo latinoamericano—, Orfila declaró que le había causado "una gran impresión" Pinochet; pero no por la sangre que aún le escurre de las manos, no porque camina envuelto en un halo de condenaciones, no por ser un "maldito de la espada" —como también le llamó Alberti— sino por su "gran sensatez, personalidad y sencillez".

Alejandro Orfila creyó necesario tocar fondo: sumergirse deletosamente en aquella letrina, y en parte del amoroso mensaje, llevó a Pinochet seguridades de que Kissinger estaría en Santiago en junio próximo.

Hasta aquí el comentario de hace un año. Pero ¿quién era Alejandro Orfila, antes de tener este empleo, que por definición es prueba de la confianza de Washington al más alto nivel latinoamericano? ¿Hay en sus antecedentes algo que apoye las recientes acusaciones de tener ligas con delincuentes internacionales de la talla de David Graiver y Robert L. Vesco?

Vástago de una familia vinatera —clásica burguesía rural de Argentina—, Alejandro Orfila se define pronto como el clásico trepador en el servicio diplomático. Pero lo interesante comienza a ocurrir cuando a principios de la década de los 60, se asocia con Bruno Quijano y Adalbert Krieger Vasena, y fundan en Buenos Aires un bufete de asesores para empresas transnacionales. Gracias a tan ilustrados consejos, varias de estas benefactoras empresas pudieron establecerse felizmente no sólo en Argentina, sino también en otros países de América Latina, incluido México, porque la asesoría funcionaba a nivel continental.

Según los enterados, había un tercer socio en la firma: un norteamericano con cara de "pájaro melancólico" que después adquirió celebridad bajo el nombre de Henry Kissinger.

Mencionar en Argentina a Bruno Quijano o Adalbert Krieger es lo mismo que si usted pronunciara en un bar de Chicago los nombres de Al Capone y Frank Costello. Por ejemplo, el señor Quijano —después de haber sido ministro de Trabajo con Frondizzi, y de Justicia con el dictador Lanusse—, resultó involucrado en la quiebra fraudulenta de la empresa frigorífica "Swift". El gigantesco topillo se había realizado conforme a una depurada técnica que los argentinos llaman "vaclamiento".

Después de citar por lo menos dos de sus mejores antecedentes, ¿a quién puede extrañar que don Alejandro Orfila vuelva a ser exhibido en buenos negocios con caballeros de industria? Pero, en fin, la OEA merece eso y más. Si Orfila se va o se queda, el aspecto de la dama no va a cambiar: "fané y descangallada, tres cuartas de cogote y una percha en el escote, bajo la nuez", como dice el tango.